

En la silla de mandar y en la silla del obrero

Discípulo de Agramonte y Máximo Gómez, amigo de José Martí y héroe de las tres guerras por nuestra independencia, el Mayor General Serafín Sánchez Valdivia acumuló una hoja de servicios que muy bien merece la admiración de toda Cuba

GONZALO DE QUESADA ARÓSTEGUI

De Serafín Sánchez se puede decir lo que de pocos cubanos: fué, es y será un servidor leal de su patria. No hay elogio comparable a éste, ni satisfacción más grande que poder mostrar a los cansados de ayer, a los descreídos de hoy y a los indiferentes de mañana, este ejemplo vivo de un hombre que no sabe lo que es ceder, de un militar que reúne todas las cualidades bellas del soldado: el valor, la inteligencia, el tesón, la autoridad, acompañadas de las virtudes cívicas más resplandecientes: la dedicación al trabajo, la modestia, la constancia, la pureza en las costumbres y la rectitud inviolable de carácter. Siéntanse pequeños los mismos que fueron grandes ante este cubano que no ha envainado la espada, sino que está dispuesto como siempre, como lo estuvo en el 68, a combatir por la libertad; levántense a la altura de este jefe, que en once años de pelea contribuyó a la gloria patria, y que no creyó su deber concluido a la primera oportunidad con sus padecimientos y sus penas, aunque Cuba no fuese independiente porque ya había hecho su parte de labor, porque el laurel ya había ornado sus sienes, ni se ha entretenido durante la paz maleante en pasear el grado en las emigraciones agradecidas, ni se ha servido... sí, es verdad, y la verdad se ha de decir, con las palabras proféticas y viriles del soldado impecable de la guerra, del incólume y cívico La Rúa: "del mérito y renombre conseguidos después de años de trabajos y de penas, como escudo con qué cubrir lo innoble y lo personal". ¡Las estrellas del general Serafín Sánchez, no las empaña ninguna nube, brillan con luz purísima, y servirán de guía a los jóvenes, a los mártires y héroes de la jornada!

Apenas tenía veintidós años (*) cuando estalló la revolución. Dos años antes terminó sus estudios en un colegio de Jesuitas, y practicaba desde entonces la agrimensura, ocupación a que se dedicó por sus inclinaciones naturales a la exactitud y a la vida al aire libre que había gustado en el potrero de su padre, rico propietario de Sancti Spiritus. Serafín Sánchez demostró desde la niñez independencia de carácter y amor a Cuba; no pudieron los influjos de sus maestros religiosos destruir sus opiniones radicales, inculcadas en su generoso corazón por miembros ilustrados de su familia, que no podían ser sino revolucionarios, "porque aquella juventud sería y llena de moralidad no sabía mistificar la idea pura de su cubanismo sincero ni confundir las aspiraciones nobles y levantadas del patriotismo real con ese otro que ahora se llama política hábil y oportunista, y que no es en realidad sino el arte de vivir, que consiste en el acomodo de las especulaciones lucrativas puestas a servicio de los apetitos personales, y en las que no queda vislumbre siquiera de ideal humano y divino, sino simplemente lo grosero, lo material, lo abyecto". En esta escuela de moral patriótica se formó Serafín Sánchez, y al entrar de lleno en las filas de la revolución que se iniciaba, lo hacía espontáneamente y sin esperanza de más premio que morir por la honra de la patria libre.

En diciembre de 1868, la guerra, que se enseñoreaba en Oriente y Camagüey, tuvo sus chispazos en Sancti Spiritus, colindante con esta comarca; el 5 de dicho mes, al occidente de Morón, ó sea de la que fué después Trocha militar de Júcaro a Morón, fuerzas camagüeyanas, al mando del coronel cubano Manuel de Jesús (Chicho) Valdés, dieron un combate desastroso en "El Trapiche", donde pudieron más el número y el armamento que la bravura y decisión desarmadas é inexpertas. Días después, llegó furtivamente al territorio de las Villas "el hombre honrado", el patriota Honorato del Castillo, espirituario de nacimiento, que cursaba medicina desde hacía años en la capital, mientras enseñaba en "El Salvador",



El pintor Francisco Rodríguez Cruz inmortalizó al paladín espirituario en varias obras.

y empezó las labores que tenían por fin la revolución inmediata; Sánchez se le unió de los primeros para ayudarlo en sus trabajos preparatorios, y el 6 de febrero de 1869, día del pronunciamiento general de las Villas, con la gente reclutada, se incorporó Sánchez a las fuerzas del malogrado coronel Leonte Guerra, del Camagüey, que operaba en territorio de Morón. Con él fué su bautismo de sangre, estuvo en la toma de Mayajigua, el 10 del mismo mes, y más tarde en el ataque de Chambas, después de recoger como 500 hombres se dirigieron al Centro, donde los aguardaba Castillo, el primer Jefe de Sancti Spiritus. Como oficial asistió a cuantos hechos de guerra sostuvo este prestigioso general, de quien decía Agramonte la víspera en Jimaguayú: "no lo hemos llorado bastante", hasta el 20 de julio de 1869, en que desgraciadamente fué muerto por los españoles en Naranjo, a tres o cuatro leguas de Morón. Sucedió en el mando de las fuerzas el temerario general Angel Castillo, y su primer golpe fué vengar la muerte de su compañero en armas, Honorato. El 7 de agosto de 1869 salió de Ciego de Avila el teniente coronel español Ramón Portal, con una fuerte columna; Angel Castillo le prepara una hábil emboscada en el camino; más adelante de donde tenía apostada su gente, con la orden de que nadie disparase hasta dar él la señal con su revólver, colocó unas estacas para impedir la marcha de la caballería. Llega el enemigo, y supone que los patriotas están después de las estacas; se abre la caballería en dos alas, y la artillería comienza a cañonear a los patriotas que juzga en frente; entonces el bravo general dispara su revólver; se lanzan los cubanos al camino, machete en mano, y sin esperar el resultado de la acometida, Angel Castillo, seguido del Estado Mayor, se echa al claro; con su arma derrumba a los artilleros, se apodera del cañón [para que sólo siendo cadáver pudieran quitárselo!], ¡se monta sobre la pieza!, el jefe español, herido, se rinde; las fuerzas se desbandan en retirada presas del pánico, dejando armas y convoy; la victoria había sido completa: Honorato estaba vengado! Serafín Sánchez fué uno de los héroes, aún más sublime en las desgarradoras escenas que él ha descrito con tanta maestría en el boceto Manuel Rodríguez, cuando el cólera terrible visitó el ejército vencedor: él que se había encarado con el enemigo unas horas antes, no sintió achicársele el corazón ante este otro adversario imperdonable; con alma piadosa consoló a sus hermanos en la agonía

tremenda de aquellos instantes, y enterró con mano caritativa al rígido y demacrado amigo, al subalterno que espiraba en medio de calambres torturantes; dos días y dos noches cumplió el sagrado deber; de veintidós que se prestaron al oficio sublime, sólo siete se salvaron: Serafín Sánchez fué uno de ellos.

A quien es capaz de semejante abnegación, no es extraño encontrarle un mes después, el 9 de septiembre, al lado de su jefe, en el foso fatal de Lázaro López, donde cayó, para no vencer más, el legendario Angel Castillo, ni hay que asombrarse de que Sánchez intentara en vano, con peligro de su vida, llevarse el cuerpo del cubano audaz, que nos enseñó a vivir sin tacha y a morir sin miedo.

En la división que mandó durante tres meses el general venezolano Cristóbal Acosta, é interinamente el brigadier Marcos García, hizo todo el resto de la campaña del 69; en el 70, a las órdenes del táctico y organizador coronel José Payán y del digno andaluz teniente coronel Diego Dorado, estuvo en todas las dichas acciones de las huestes espirituanas y adquirió la pericia y el amor a la disciplina que después le han caracterizado, hasta marzo de 1871 pudieron sostenerse los patriotas en Sancti Spiritus, pero la carencia de medios de defensa obligaron al bizarro español general Francisco Villamil, jefe entonces de la brigada, después de la salida de Payán de la Isla, nunca deplorada lo bastante, y la muerte prematura de Dorado, a retirar sus fuerzas al Camagüey.

El 71 y el 72, años de prueba, que fueron como el crisol depurador de la guerra, no desalentaron el alma serena y optimista de Serafín; ayudante del gallego inolvidable, peleó en la tierra camagüeyana amenazada por la concentración de los ejércitos españoles y minada por la desertión y abandono de sus propios hijos; bajo su inmediato jefe, el coronel José González Guerra, y aspirando la atmósfera de virtud y patriotismo acendrado que acompañaba al mayor general Ignacio Agramonte, fué formándose el militar inteligente y democrático.

El 11 de mayo de 1873, día en que una bala caprichosa privó a Cuba de su libertador, quizás mandaba el capitán Serafín Sánchez una compañía, colocada en una meseta que se destaca en la hierba de guinea del potrero de Jimaguayú. Los españoles llegaron a Cachaza atraídos por las avanzadas cubanas, al efecto dispuestas por Agramonte; por retaguardia y por los flancos se vieron envueltos los españoles por la infantería

de las Villas, por los ginetes del Camagüey, por los chinos arrojados; el enemigo estaba ya batido, cuando el Mayor con su escolta de cuarenta hombres creyó conveniente dar en persona algunas instrucciones al brigadier Reeve, que se hallaba al otro lado del campo abierto; al pasar junto a Serafín Sánchez, —quien tal vez fué el último que escuchó aquella voz vibrante que lo mismo ordenaba la carga, que conmovía en sus predicaciones ó convencía en la legislación,— le preguntó: "—¿No ha recibido las órdenes?" "—Sí, general, de avanzar con mis hombres tan pronto usted lo disponga". Serafín vió desaparecer la imponente figura, á galope, con sus ayudantes Varona y Díaz de Villegas, en medio de la crecida y ondulante hierba. Unos segundos después, regresaba Varona, á todo escape; en su rostro se leía algo nefasto: "—Serafín, una bala nos ha quitado al Mayor, y Díaz de Villegas también ha muerto; no digamos nada, se pueden desmoralizar las fuerzas". Muy pronto se supo la noticia; los cubanos, que desde las ocho habían destrozado á los contrarios, se retiraron á las once, impresionados hondamente con la catástrofe, sin ocuparse del triunfo que se había obtenido en la batalla. Serafín Sánchez con ochenta hombres, de los cuales veinte eran chinos, permaneció en el terreno disputado; desenterraron á trece españoles, les quitaron los uniformes; los restos de Jacobo Díaz de Villegas recibieron sepultura con los honores debidos á su grado; pero todas las diligencias para encontrar el cadáver de Ignacio Agramonte fueron inútiles; con ese pesar inmenso se retiraron los cubanos del lugar. A las tres los españoles regresaron; un soldado tropezó con un cuerpo; lo registró; las cartas se las llevó al jefe; eran de Amalia, la mujer idolatrada del gran caudillo; "¡el cadáver es el de Ignacio Agramonte!" exclamaron; la victoria había sido de ellos; atravesado en un mulo lo condujeron á su ciudad natal, el Camagüey; allí, para nuestra vergüenza, mientras no ondée sobre ella nuestra bandera, lo insultaron y vilipendieron los que en su vida no tuvieron valor bastante para darle la cara en la pelea; de sus cenizas aventadas, surgió, con más brillo y empuje la revolución que había preparado para el triunfo su espíritu severo y excelsa; la revolución, que para baldón de su tierra natal, empezó á morir en el teatro de sus proezas, allí donde él había pronunciado la palabra que debe ser siempre nuestro lema: "Vergüenza!".

Nadie con tantos títulos merecía el puesto que quedó vacante como el dominicano ilustre á quien Cuba cuenta como uno de sus mejores hijos, al Mayor General Máximo Gómez; en aquella oficialidad notable que acompañó al invicto guerrillero fué Serafín Sánchez uno de los más queridos del exigente disciplinario; con él hizo las rudas y brillantes campañas de 1873 y 74, que participaron con el ataque del caserío de las Yaguas y la entrada feliz a Nuevitas, y terminaron con la toma total de San Gerónimo. Nunca, como desde julio de 1873 á noviembre de 1874, alcanzó el Camagüey tal fama, por sus combates pequeños y sin número: el de Santa Cruz del Sur, donde el ejército se apoderó de cerca de quinientos rifles y más de ciento cincuenta mil tiros, la carga espléndida de la caballería camagüeyana en Palo Seco, la batalla magnífica de Naranjo, donde el coronel Flor Crombet recibió, como cruz, la marca de arrojo que ostentará siempre para su honor, los cinco días de las Guásimas famosas, la Sacra, San Miguel de Nuevitas, Cascorro, páginas refulgentes de nuestra historia, que ni antes ni después se escribieron. En la mayoría de ellas fué actor Serafín Sánchez, comandante en 1873, y teniente coronel, á propuesta del general Gómez, en enero de 1875, cuando la invasión de las Villas.

Este golpe estratégico, que tenía por fin destruir las fuentes de riqueza del español, no obtuvo el éxito que Máximo Gómez esperaba, por los obstáculos que opusieron al proyecto,